

La psicología social frente a la guerra

Sobre el goce de la guerra

Empecemos nuestra reflexión sobre la psicología social frente a la guerra, hablando de la pasión de los seres humanos por la guerra, de lo que podríamos llamar un goce bélico. Ese es uno de los primeros aportes que nos hace el psicoanálisis para pensar el problema de la guerra. Nos aporta un presupuesto antropológico según el cual, para la criatura humana la guerra no es un accidente, ni o un evento al que solo recurre en caso de verse forzada, sino todo lo contrario, un acontecimiento que está en concordancia con sus tendencias elementales. Es por ello que podemos decir que el ser humano tiene una vocación guerrera. Desde este punto de partida el psicoanálisis difiere radicalmente de la idea del ser humano de otros campos de las ciencias sociales. Es conocida por todos la sentencia de Rousseau que está a la base del "Contrato Social" escrito a mediados del siglo XVIII: "El Hombre nace libre y la sociedad lo corrompe". En clave del problema que nos ocupa esta noche podríamos decir que según Rousseau el hombre nace pacífico y la sociedad lo vuelve guerrero. El marxismo comparte esta premisa y hace su propia versión de ella: diría más o menos así: "El hombre nace libre y la institución de la propiedad privada lo corrompe". En los autores marxistas, empezando por Marx, hay un presupuesto antropológico humanista que concibe a un ser humano pacifista que la sociedad de clases lo lleva a la lucha, lo cual llevó a algunos a concluir que en una sociedad sin clases no habría lucha, y a edificar la utopía de restablecer ese mítico estado de comunismo primitivo, en el que reinaba la paz entre los hombres. El psicoanálisis discrepa del humanismo y el marxismo y adhiere a la idea del hombre que propone un autor inglés que se llama Thomas Hobbes, en un texto escrito a mediados del siglo XVII, que se llama "Leviatán": Hobbes en este texto propone que el hombre trae de nacimiento lo que él llama "pasiones antisociales" y acuña en latín una sentencia que seguramente todos ustedes conocen: "Homo homini lupus" [1], que se traduce al español como "El hombre es el lobo del hombre". Freud va a citar precisamente a Hobbes en su texto clásico "el Malestar en la Cultura", en un pasaje en el que declara de una manera muy abierta cuál es la idea que el psicoanálisis tiene acerca del ser humano. Dice Freud en ese texto: "El Ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo". En este pasaje Freud nos advierte que en el ser humano hay una disposición a gozar de hacerle daño al otro, bien sea moralmente mediante la humillación, económicamente mediante la explotación y la expropiación, o físicamente mediante la violación y la tortura, hasta la destrucción total que sería el asesinato. Según Freud estos apetitos están presentes en todos los seres humanos desde el nacimiento, y no sólo en algunos como lo pensaba el célebre penalista italiano de fines del siglo XIX, Cesare Lombroso. Una de las obras más conocidas de Lombroso se llama "el Hombre delincuente en relación con la antropología la jurisprudencia y la disciplina carcelaria". En este texto el autor propone una noción que va a ser muy importante para entender el origen de algunas de los discursos actuales acerca de la guerra. Esta noción es la de "Criminal nato". Para el autor algunos seres humanos nacen pacifistas, digámoslo así, mientras que otros nacen guerreristas; o más precisamente algunos nacen aptos para la vida en sociedad y otros nacen con lo que él llama "instintos antisociales". Incluso este autor se dedicó a tratar de aislar un conjunto de rasgos anatómicos y antropométricos, como la forma del cráneo y ciertas asimetrías faciales que permitirían determinar de antemano cuando un ser humano definitivamente era portador de un instinto criminal de nacimiento. Hasta la última edición de la obra mencionada, Lombroso sostuvo que aproximadamente la mitad de los criminales lo eran de nacimiento. Podríamos decir que muchas de las campañas contra la guerra que aparecen en los medios masivos de comunicación son lombrosianas, aunque sus creadores no hayan leído a Lombroso. Me refiero a esos mensajes radiales en los que se dice que en Colombia "los buenos somos más"; o las campañas en las que se habla de enviarle mensajes a "los violentos", o los discursos que pronuncian algunas de nuestras autoridades en los cocteles en los que hablan de "pedirle a los violentos que silencien sus fusiles" etc. Estos discursos, que pueden ser muy bien intencionados, son muy peligrosos porque dividen la población del país en dos, unos que seríamos los justos, esos seríamos "los buenos" (que somos más) y que somos pacíficos; y otra parte que serían "los violentos", los malos (que son menos) y que son la causa del sufrimiento de los buenos. El psicoanálisis en este punto es categórico. Lacan lo dice en un seminario que se llama "El Revés del Psicoanálisis" con todas sus letras: "no hay almas bellas", es decir no hay almas justas. Si tomamos esta sencilla frase de Lacan en todo su alcance, no podemos ya seguir adhiriendo a las explicaciones que pretenden mostrar la guerra en Colombia como un fenómeno en el que pagamos justos por pecadores. "No hay almas bellas". Esa es otra manera de decir hay un goce del mal del prójimo que es constitutivo de la condición humana. La vida diaria nos brinda abundantes muestras de ello. El goce de humillar al otro es, dijimos, un disfrute de degradar al otro en el plano moral. Este es un goce que estaría asociado a otros como el de insultar, el ridiculizar al otro, exhibirle impudicamente nuestra superioridad etc. Se trata de formas del goce que el trabajo de la educación ha logrado erradicar

Jaime Alberto Carmona
Director del Programa de Psicología de
la FUNLAM



Luis Caballero
Sin título
Sin fecha
Dibujo, óleo sobre cartón
105 x 75 cm
registro AP2290
Colección Banco de la República

de una manera más o menos acabada de las prácticas cotidianas en los sectores llamados "cultos" de la sociedad, pero bajo ciertas condiciones de excepción aún los que se pretenden más cultos se abandonan a este tipo de goces. Disueltos en la barra de un equipo de fútbol, por ejemplo, muchos se conceden licencias que ordinariamente no se permitirían. Ciertos espectáculos deportivos suelen ser una ocasión muy propicia para la expresión abierta de las tendencias hostiles y agresivas que ordinariamente no nos permitimos manifestar. Hay deportes en los que el goce de la crueldad se juega de una manera más abierta, como en el boxeo. Otros deportes derivan su atractivo justamente del peligro de muerte que corren los competidores. De todos modos en los deportes de competición, en los que hay dos participantes o dos grupos adversarios, que finalmente culminan, al cabo de la partida o el campeonato como vencedores o vencidos, triunfadores o derrotados, son un escenario en el que la cultura permite una expresión desplazada, regulada y controlada de estas pasiones a las que hacemos referencia. En este sentido hay que decir que el deporte es uno de los inventos más valiosos de la cultura, en la medida en que allí es posible la satisfacción más o menos inofensiva de tendencias dañinas para la convivencia civilizada. No siempre estas satisfacciones se logran mantener dentro de esas regulaciones y controles que establece la práctica deportiva y es por ello que cada tanto se producen disturbios en los estadios, incluso en deportes cuyos aficionados suelen ser de estratos socioculturales elevados, como el tenis. Las producciones de ficción son otro escenario privilegiado que la cultura ofrece a sus sujetos para que se procuren allí una satisfacción inofensiva a los apetitos humanos enemigos de la vida civilizada. En el origen fueron la literatura y el teatro. En uno de los textos clásicos de Freud sobre el problema de la guerra titulado "De guerra y Muerte" el autor dice que las producciones de ficción nos permiten realizar aquello que la cobardía y monotonía de la vida diaria nos deniegan: identificados al protagonista de una obra podemos jugar nos la vida temerariamente, arrasar con un ejército y realizar hazañas que nunca realizaremos en la vida real. El cine y la televisión se inscriben en este mismo orden de producciones culturales, popularizan y masifican la tarea iniciada en este sentido por la literatura y el teatro. Al respecto quizá sea interesante señalar que aproximadamente el cincuenta por ciento de la industria cinematográfica se dedica a producciones en las que la violencia es uno de los componentes fundamentales de la trama. En este mismo orden de producciones de la cultura se inscriben los video juegos y otras clases de objetos virtuales que giran en torno al goce de la violencia, y que son actualmente una de las industrias más prósperas del planeta. Antes de continuar enumerando los escenarios que la cultura ha creado para la satisfacción de las tendencias hostiles y agresivas, quizá sea importante aprovechar estos comentarios en torno a la televisión para aportar a la discusión sobre el papel de este medio en los fenómenos de violencia. Desde el psicoanálisis no podemos estar de acuerdo con aquellos análisis según los cuales las películas violentas incitan a la violencia. Todo lo contrario. Las películas de violencia contribuyen a apaciguar, al menos de manera temporal, los deseos violentos, porque les procuran una satisfacción en la fantasía. El que una banda de sicarios de Bello se haya autodenominado "Los Magníficos", no nos autoriza para establecer una causalidad simple y proponer que la serie de televisión sería la causa y la banda de sicarios el efecto. Esa misma serie de televisión la ven millones de adolescentes en otros países y no se vuelven sicarios. El sicariato y los fenómenos de violencia en nuestro país exigen explicaciones más complejas. Si la televisión fuera una causa fundamental de la violencia, como explicar la sevicia y la brutalidad de los asesinatos y las masacres que ocurrieron en Colombia en la época de la violencia, cuando no había llegado el primer televisor al país, o la violencia todavía más horrorosa de la guerra de los mil días, a principios de siglo. Por más estupor que nos produzca guerra actual, los historiadores han demostrado que está lejos de superar la barbarie de las dos guerras anteriores. Continuemos ahora con la enumeración de los escenarios inventados por la cultura para la satisfacción más o menos inofensiva de esos goces dañinos para la convivencia civilizada; la fiesta taurina es uno de ellos, con la ventaja adicional de que allí el muerto normalmente es un animal, no un humano. Cuando muere un torero en una corrida, como ocurrió con Pepe Cáceres, los comentaristas y el público se afligen y expresan su consternación. Sin embargo en las corralejas populares que realizan algunos pueblos de la Costa Atlántica, por ejemplo, es muy común escuchar decir que una corraleja no es buena si no hay muerto y en este caso el muerto sería un ser humano. Quizá en ciertos sectores sociales humildes hay mayores licencias para la expresión de ciertos apetitos humanos que en otros estratos más elevados. El origen de la expresión según la cual para mantener un pueblo sometido hay darle "Pan y circo" tiene que ver con estos goces de los que estamos hablando. El circo al que se refiere la sentencia no es el de los acróbatas y los payasos, sino el circo romano, es decir la crueldad como espectáculo, aquél lugar en el que cada tanto en un acto ritual o deportivo se derramaba sangre humana. Si examinamos con cuidado esta frase, tenemos que preguntarnos por qué ha logrado pervivir a lo largo de siglos una proposición como esta que coloca el teatro de la crueldad como una necesidad de los pueblos al lado de las necesidades básicas. Es decir, debemos interrogarnos por qué es precisamente esta frase la que ha pervivido, y no otra que dijese por ejemplo: "pan y justicia" o "pan y educación"; o, que se yo, "pan y amor". Es como si esta frase nos advirtiese que una profunda e irracional necesidad de los pueblos pide periódicamente, mártires, sacrificios, masacres, o algo de este orden. En el campo periodístico hay un fenómeno que se relaciona con esto que estamos tratando y que se denomina el amarillismo. En todos los países existen medios de comunicación que practican esta modalidad del periodismo. Los medios periodísticos amarillistas explotan esta suerte de voyeurismo colectivo. En los casos extremos la noticia es solamente una coartada detrás de la que se vende otro producto muy distinto, que es la posibilidad de gozar como espectador de primera fila, gracias a los lentes de las cámaras, con la miseria y el sufrimiento de los otros, gozar de la brutalidad y el horror de tragedias o crímenes atroces. Por ello es que los periodistas que se toman en serio su oficio suelen ser muy enérgicos en hacer la diferencia entre el valor informativo de una noticia y lo que en el argot periodístico se conoce como la *porno-miseria* que, como el término lo indica, consistiría en hacer una suerte de producción pornográfica con las miserias humanas. Lo que quiero señalar es que, más allá la necesidades prácticas que llevan a muchas personas a ver los noticieros, más allá de ellas y al lado de ellas, hay un goce que se relaciona con esto que estamos mencionando. Quizá uno de los espectáculos que ha suscitado más teleaudiencia en el mundo, después de las finales de los campeonatos mundiales de fútbol, fueron las transmisiones que hizo la cadena de noticias CNN. de los bombardeos de los Estados Unidos a Irak en la guerra del Golfo Pérsico. Con este comentario quiero cerrar este preámbulo con el cual quería mostrarles que la guerra para los seres humanos puede ser también un espectáculo. Este preámbulo un poco extenso sobre los apetitos guerreros de los seres humanos permite entender que la guerra pueda ser buscada como se busca la sexualidad o el alimento y que puede ser una ocasión de goce bien sea en condición de combatiente o de espectador. Entender esto nos va a permitir avanzar con mayor agilidad en el examen de otros problemas relacionados con la guerra. Resumamos algunas consecuencias de lo que hemos dicho hasta ahora en tres frases. Primero: el

ser humano no es pacifista por naturaleza. Segundo el psicoanálisis no admite ese maniqueísmo lombrosiano, que divide a los integrantes de una sociedad entre violentos y pacíficos, como si fuese un asunto de esencias ontológicas. Tercero el desmentir el goce que produce al ser humano la guerra, en su condición de combatiente o en su condición de espectador, conlleva peligros importantes. El que un sujeto no reconozca sus propios apetitos bélicos no significa que estos desaparezcan. El problema es que pueden encontrar maneras muy sutiles e impensadas de expresarse y pueden producir efectos más catastróficos aún. Lo que propone Freud, es que los apetitos destructivos están presentes en todos los seres humanos sin excepción, y que tenemos mejores posibilidades de controlar los efectos sociales dañinos de estos apetitos si los admitimos que si los desmentimos. Freud avanza todavía más, dice que educar a los jóvenes haciéndoles creer que los seres humanos son "buenos por naturaleza" equivale a enviarlos a una excursión al polo con mapas de los lagos de Italia. Una de las consecuencias más importantes que podemos extraer de lo que hemos dicho hasta el momento, y que ya la hemos anunciado de alguna manera, es que no existen los violentos, como unas esencias ontológicas, así como tampoco existe el pacífico como una esencia immanente. Todo ser humano es un criminal en potencia y todo criminal por más despiadado que sea, bajo ciertas circunstancias puede ser un buey manso. Esto nos obliga a preguntarnos por las condiciones sociales que promueven lo que Hobbes llama "las pasiones antisociales", que en términos freudianos podríamos llamar las pulsiones destructivas. Creo que esto nos sirve de paso como ocasión para hacer una crítica a un desliz en el que incurren frecuentemente funcionarios públicos, militares y algunos periodistas. Este desliz consiste en emplear terminología psicológica y psiquiátrica para calificar a los guerrilleros o a los paramilitares cuando cometen una masacre o destruyen varias viviendas de un pueblo en un ataque. Es muy frecuente escuchar calificativos como: "Individuos delirantes", "locos paranoicos", "enfermos mentales", o "personas dementes". Creo que en este sentido es importante no confundir los despachos de los ministerios, los comandos de las brigadas o las salas de redacción de los periódicos con centros de psicodiagnóstico. La tarea de los funcionarios públicos es gobernar, la de los periodistas es informar y la de los militares es velar por la soberanía y combatir a la guerrilla; no es función ni de unos ni de otros hacerle el psicodiagnóstico a los comandantes guerrilleros o paramilitares. Creo que es importante que nos detengamos en esto, porque infortunadamente los científicos sociales no estamos exentos de este problema. Algunos psiquiatras norteamericanos se han prestado para estas prácticas de una manera muy lamentable. Siempre que el Gobierno de los Estados Unidos declara a un gobernante como enemigo o como un peligro para la seguridad nacional norteamericana, siempre hay un psiquiatra que se presta para salir por televisión haciendo un psicodiagnóstico de este gobernante en tono solemne. Y creo que esto siempre surte efecto en la población desinformada. Basta mencionar los casos de Hussein, Kadaffi y Noriega. Son líderes políticos que han quedado ante el mundo con imagen de locos gracias a la acción combinada de la psiquiatría norteamericana y los medios de comunicación. Entonces vamos a decirlo claramente: ni los comandantes guerrilleros, ni los paramilitares padecen ninguna enfermedad mental por el hecho de haber optado por el lugar social que ocupan en este momento de la historia política del país. Están tan cuerdos como todos los demás. Ahora, otra cosa es que seguramente en cada uno de los bandos seguramente hay más de un loco, como los tenemos en las universidades y en el resto del escenario social. Freud denunciaba cómo desde la primera guerra mundial ya era habitual que los antropólogos pusieran su saber al servicio de la guerra y se prestaran para declarar al otro pueblo como inferior o degradado, y cómo los psiquiatras se apresuraban a declararle enfermedades mentales. Desafortunadamente no faltan el psicólogo que trata de aislar el síndrome del guerrillero o del paramilitar. Creo que es un uso muy desafortunado de la psicología social. El psicólogo social no puede prestarse para convertirse en un instrumento al servicio de uno de los bandos en guerra. Si un psicólogo se siente profundamente identificado con la causa de uno de los bandos en guerra y considera que bien vale la pena dedicar su vida a esa causa, lo mejor que puede hacer es guardar su título y enfilarse en cualquiera de los ejércitos. Cuando un psicólogo se dedica a buscarle la patología a los integrantes de uno de los dos bandos de una guerra, es posible que no le produzca un gran perjuicio a ese bando y por el contrario si le hace mucho daño a la psicología.

La Tragedia de Edipo y la guerra en Colombia

"El Rey Edipo" es una tragedia griega escrita por Sófocles. No la voy narrar porque la mayoría de ustedes la conocen. Solamente voy a mencionar una particularidad del personaje que es la que nos interesa para pensar el problema de la guerra en Colombia. Edipo es un hombre habitado por unos deseos criminales que va a realizar en la obra. Se trata de los crímenes más horribles que puede realizar cualquier ser humano. Sin embargo, el personaje es engañoso, hasta para sí mismo, aparece como todo lo contrario: Cómo un ser fundamentalmente bueno que quiere salvar a la ciudad de Tebas de la desgracia. Ese semblante de magnanimidad finalmente produce el efecto de favorecer que cometa los crímenes. Es por ello que decíamos hace un momento que es más peligroso desmentir o ignorar nuestras tendencias hostiles y agresivas que admitirlas. En la Película Edipo Alcalde, García Márquez intenta trabajar esa idea en el campo de la realidad colombiana, en lenguaje cinematográfico. La trama trata justamente de un alcalde al que lo asisten las mejores intenciones de salvar a un pueblo y al final se da cuenta de que él es precisamente la causa de la desgracia de su pueblo. Es el caso de muchos colombianos que están convencidos de ser los que se están sacrificando por conseguir la paz para el país. Si uno observa las declaraciones de los Dirigentes de los grupos paramilitares, de los militares involucrados en violaciones de derechos humanos, de dirigentes políticos guerrilleros y de los dirigentes guerrilleros, puede constatar que todos dicen que están trabajando por la paz del país. En Colombia casi todos los dirigentes de casi todos los campos de la vida nacional se declaran pacifistas y dicen estar trabajando por la paz. Sin embargo la llama de la guerra hierve cada día con mayor intensidad. Creo que es muy importante que los colombianos aprendamos a diferenciar entre esa inmensa cantidad de líderes "pacifistas" que tenemos, cuales son hipócritas que se dicen pacifistas y en realidad son guerrilleros. Pero lo que acabamos de decir nos impone todavía otra distinción más sutil. Y es que aún dentro de los que son pacifistas habría que aprender a distinguir los pacifistas edípicos de los verdaderos pacifistas. Los pacifistas edípicos serían aquellos que quieren la paz pero desean la guerra, es decir, son aquellos que son ignorantes de los apetitos guerrilleros, de los propios y de los ajenos, y esto los lleva a pensar de manera ingenua el problema de la paz, a hacer propuestas ingenuas, y a proceder de manera ingenua. Lamentablemente en un asunto tan delicado como una guerra la ingenuidad suele ser catastrófica. Voy a decirlo de una manera directa: en una situación de guerra como la colombiana, lo único más peligroso que un guerrillero es un pacifista ingenuo. En la guerra se cumple de manera cabal esa sentencia popular que dice que la ignorancia es criminal. Creo que Colombia necesita urgentemente líderes de opinión, políticos y académicos pacifistas, que sean capaces de pensar el problema de la

guerra en Colombia en toda su complejidad y que, en consecuencia, orienten la opinión y la preparen para una búsqueda de la paz compleja, larga y difícil. No puede ser de otra manera.

El Edipo por Excelencia de la historia política Colombiana de las últimas décadas es sin duda alguna el Ex-presidente Belisario Betancur Cuartas. Yo creo que nadie duda que era un hombre profundamente pacifista y que en la gestión de su gobierno lo asistieron las mejores intenciones de pacificar el país. Pero creo que también coinciden conmigo en que no ha habido ningún gobierno tan nefasto para la paz de Colombia como el gobierno de Belisario. Con las intenciones más pacifistas, Belisario atizó la llama de la guerra en Colombia como no lo ha hecho ningún otro presidente en los años recientes. Un dicho popular muy a sabio dice que el infierno está hecho de buenas intenciones. Este dicho demuestra que la sabiduría popular desde hace siglos ya ha tomado nota de que tras las buenas intenciones conscientes pueden estar agazapados deseos criminales inconscientes. Reconozco que estas afirmaciones pueden ser todo lo problemáticas que ustedes quieran, pero permítanme hacer una comparación de dos hechos de guerra ocurridos en dos gobiernos y resueltos por dos presidentes de dos maneras muy distintas. Me imagino que muchos de ustedes ya habrán adivinado de qué les voy a hablar. Los presidentes son Belisario Betancur y Julio Cesar Turbay. El primero Pacifista declarado, el segundo nunca se declaró pacifista, y según los historiadores su perfil fue más bien guerrillero. En el gobierno de cada uno el movimiento insurgente M 19 protagonizó una toma guerrillera que puso en jaque al gobierno. En el gobierno de Turbay la Embajada de República Dominicana; en el gobierno de Belisario el Palacio de Justicia. Turbay el guerrillero logra resolver la toma sin derramar una gota de sangre; Belisario el Pacifista desencadena un holocausto y al día siguiente le dice al pueblo colombiano por las dos cadenas de televisión que él asume toda la responsabilidad por lo ocurrido. Efectivamente la tenía. El proceder de Belisario es tanto más imperdonable si consideramos que es uno de los expertos más notables en historia de Colombia. La imagen de Belisario después de su mandato es, en cierto sentido, similar a la imagen con la que García Márquez termina la película "Edipo Alcalde". Un hombre deambulando solitario, rumiando su culpa, por las calles de Bogotá. El gesto más significativo y acaso el más sabio de Belisario en el campo político fue el silencio radical en que se sumió después de su presidencia. Posiblemente haya entendido que era lo mejor que podía hacer por su partido y por el país. Yo sé que todo esto que estoy diciendo es muy polémico. Pero me quedo satisfecho si logro solamente que cada uno de los que estamos esta noche en este auditorio aprendamos a desconfiar de nosotros mismos, que no nos creamos tan fácilmente que somos los buenos, los pacifistas, los que "somos más"; si logro que podamos preguntarnos si no estaremos contribuyendo de maneras indirectas a encender y avivar guerras, creyéndonos las criaturas más pacifistas. Y esto no solamente en el contexto social, sino también en lo que podríamos llamar la sociología de la vida cotidiana. Todos sabemos que la vida cotidiana está llena de "almas bellas" que con las "mejores intenciones" provocan conflictos catastróficos. Es muy frecuente en entrar en el campo doméstico la imagen de esas madres santas que son un dechado de bondad, pero que de una manera muy sutil provocan y avivan rivalidades feroces entre los hijos y después aparecen ellas mismas como víctimas de esos odios que atizan, o como las que luchan denodadamente por reconciliar a las partes en conflicto. También en el escenario de la psicología de la vida cotidiana es muy común encontrar a una mujer de semblante angelical como causa de odio entre dos amigos, hermanos o colegas. En este sentido sería interesante hacer un inventario de las muertes en nuestras ciudades y en nuestros campos en las que están de por medio ciertas mujeres fatales. Pero volvamos a nuestro tema. ¿De que manera un ciudadano común y corriente puede contribuir a la guerra creyendo que trabaja por la paz? Parece una pregunta muy difícil de responder, pero en realidad tiene una respuesta bastante simple. Toda acción, opinión, o gesto de apoyo hacia uno de los dos bandos es una toma de partido. Es decir que es igualmente guerrillero aquél que celebra el éxito de la toma guerrillera de una población, que aquel que de una manera abierta o velada hace un elogio del paramilitarismo. Pero hay todavía otro tipo de gestos guerrilleros más velados y por ello más peligrosos, consiste en dedicarse a denunciar y condenar los crímenes de uno solo de los bandos en guerra. El que lo hace puede creer que es pacifista en la medida en que denuncia y condena actos de guerra, que no es guerrillero en la medida en que no está haciendo un elogio de alguno de los bandos. Pero el efecto de su discurso es mantener la polarización de la opinión. Voy a decirlo de una manera muy simple. Es tan guerrillero quien se dedica a promover la denuncia y condena del secuestro exclusivamente, como aquél que se dedica a denunciar únicamente la desaparición forzada. Todo el país sabe que el secuestro es una práctica que, aunque no es exclusiva de la guerrilla, si es fundamentalmente guerrillera y la desaparición forzada, por su parte, aunque no la practican solamente los organismos de seguridad del estado, si ha sido demostrado en múltiples ocasiones por los organismos internacionales de derechos humanos y por la justicia colombiana que ha sido una práctica en la que han incurrido nuestros organismos de seguridad con frecuencia a lo largo de la historia. La verdadera oposición que podríamos proponer en Colombia no es entre derecha e izquierda, sino entre militaristas de izquierda y de derecha -tanto los abiertos como los hipócritas- de un lado, y un verdadero movimiento nacional antimilitarista que no se dedique a hacer el elogio abierto o encubierto a ninguno de los dos ejércitos, ni a condenar unilateralmente los crímenes del otro. Es decir un movimiento que tenga una clara vocación por la negociación como vía de solución del conflicto armado. Tendríamos que decir que en este momento no existe un movimiento de esta índole. El movimiento del "no más" no es un movimiento suficientemente neutral en este sentido. Por una razón muy simple, es un movimiento que es apoyado irrestrictamente por uno de los dos bandos en conflicto, que es el gobierno, además su bandera fundamental es la denuncia del secuestro, que es una práctica guerrillera por excelencia. Gracias a la presión de algunas organizaciones no gubernamentales incluyeron en las camisetas la denuncia de la desaparición forzada, aunque en un tipo de letra más pequeña. Creo que esto constituye un avance positivo en la imparcialidad de un movimiento como este, pero hay que decir que aún le falta mucho para ser realmente un movimiento verdaderamente antimilitarista, basta con leer la mayoría de las pancartas de las marchas para constatar que la mayoría de los mensajes son en contra de la guerrilla, no en contra de la guerra. Quiero aclarar que no estoy en desacuerdo con el movimiento del "no más", lo único que le critico es que se haga pasar por un movimiento contra la guerra cuando en realidad es un movimiento contra la guerrilla. Yo creo que hay que defender el que se hagan marchas contra el secuestro o contra la guerrilla. El mínimo derecho que asiste a todas aquellas personas que viven el drama de tener un familiar secuestrado, es manifestar públicamente su dolor; y no solamente los familiares y amigos de los secuestrados, también los medios masivos deberían apoyar de la misma manera las marchas de los familiares de los desaparecidos, no veo por qué los medios no apoyan de la misma manera los movimientos de repudio de este crimen de guerra que es tanto o más grave que el secuestro. Todo aquél que quiera repudiar públicamente el secuestro o las desapariciones, a la guerrilla o a los

paramilitares, debe poder hacerlo. Es lo propio de una sociedad democrática. Insisto, lo que creo que es problemático es confundir una marcha contra el secuestro o contra la guerrilla con una marcha por la paz. Son dos cosas distintas. Yo creo que en Colombia hace falta un verdadero movimiento nacional antimilitarista, que rechace por igual el militarismo de izquierda y el de derecha. La creación de un movimiento de esta clase no puede provenir de parte del estado, por una razón obvia, el estado es uno de los actores de la guerra. El Presidente de la república es el máximo comandante de uno de los ejércitos que están librando la guerra. Un verdadero movimiento nacional antimilitarista debe provenir de sectores realmente independientes de los actores de la guerra como pueden ser las universidades, los sindicatos, las asociaciones cívicas, las diferentes asociaciones de profesionales, los organismos no gubernamentales. Debe ser un movimiento que le diga de una manera clara y abierta a la guerrilla, al gobierno y a los paramilitares: "señores, nosotros no nos sentimos representados por ustedes, no creemos en sus máquinas de guerra, ni en sus buenas intenciones. Nosotros creemos que las cosas se pueden hacer de otra manera". Cuando exista un movimiento de esta índole, claramente opuesto a todos los bandos, sin concesiones, seguramente empezarán a aparecer dirigentes políticos que hagan suya esta bandera. Mientras no exista un movimiento así los actores de la guerra tienen razón en creer que efectivamente tienen el apoyo de la población. Y están en lo cierto. Yo creo que nosotros debemos preguntarnos porque no existe un movimiento de esta índole en nuestro país. ¿Será que la mayoría de los colombianos, aunque no lo digamos abiertamente, y en algunos casos aunque no nos lo confesemos ni a nosotros mismos, secretamente estamos de acuerdo con la guerra, e incluso tenemos nuestras íntimas simpatías con alguno de los actores de la misma?. Para terminar esta parte de la reflexión quiero mencionar una frase de una canción de Joaquín Sabina, un cantante español, que resume de una manera muy bella lo que yo trato de decir. Dice Sabina en su canción: "Cada que se enfrenta la KGB contra la CIA, gana al final la policía". Independientemente de quien gane cada batalla que se libra en Colombia entre la guerrilla y el ejército, en cada combate gana el militarismo y pierde el verdadero pacifismo.

La desilusión provocada por la guerra

Uno de los efectos que esta guerra, como toda guerra, genera en la población civil no involucrada directamente en el conflicto es una profunda pesadumbre, producto de las múltiples desilusiones que la guerra trae consigo. Muchos hombres y mujeres que hace unas décadas, en nuestra vida de estudiantes, que fuimos simpatizantes de los movimientos de izquierda y que llegamos a situar algunos ideales en ellos, nos hemos confrontado con la desilusión que inevitablemente provocan algunas de las infamias que ha cometido el movimiento guerrillero en nuestro país como los daños ecológicos irreversibles que han provocado con muchos de sus atentados, los daños que hacen a civiles humildes que no están involucrados en el conflicto y el asesinato alevoso de los tres indigenistas norteamericanos, para mencionar solo algunos casos. Pero cuando miramos hacia el otro lado, hacia el estado, que se supone que es el guardián de la vida honra y bienes de los ciudadanos, la desilusión es aún mayor; porque sus fuerzas son más brutales y cometen crímenes más horribles que aquellos a quienes combaten. Las masacres de civiles desarmados, la desaparición forzada, y el desplazamiento de masas de población del campo a la ciudad son prácticas tanto o más infames que el secuestro, la extorsión y la voladura de oleoductos. Uno de los efectos psicológicos más problemáticos de la guerra se deriva precisamente de este hecho que estamos señalando, a saber, la guerra sucia a la que se han dedicado sistemáticamente, desde hace mucho, los dos bandos enfrentados. Es cierto que ninguna guerra en la historia de la humanidad se ha desarrollado como una justa caballerescas en la que ambos contrincantes hagan gala de humanitarismo. Pero admitir este hecho no disminuye los estragos que toda guerra, y la guerra colombiana en particular, produce sobre la población civil. En el artículo de Freud que mencionamos más arriba, éste hace un examen de los efectos psicológicos que produjo la primera guerra mundial en los pueblos europeos. Este análisis nos va a servir como punto de referencia para pensar algunos de los efectos psicológicos de la guerra en Colombia sobre la población civil. El efecto más importante que Freud señala en su artículo se deriva precisamente del papel que juega el estado en la estructuración de la subjetividad de sus ciudadanos. Se trata de una tesis de enorme importancia para la psicología social, incluso para la psicología individual. Freud dice que cada persona se relaciona con su pueblo y con su gobierno como se relaciona con algunas de las personas que han sido significativas en su vida. Es decir que en las profundidades del alma de cada uno de nosotros, Colombia como un todo y el gobierno colombiano como estado, son representados como si fuesen personas. Ahora, tal como lo dije hace un momento, no son representados como una persona cualquiera sino como una persona de un particular valor. Freud les llama a los pueblos y a los estados "individuos rectores" de la humanidad. Gracias a esta relación que tenemos todos los colombianos con nuestros "individuos rectores", nuestro gobierno y con nuestra nación, es que podemos alegrarnos cuando un colombiano como Juan Pablo Montoya gana una competencia en la Fórmula Cart, o cuando una Colombiana como Shakira es reconocida en el mundo por su talento artístico; y es también gracias a esa relación que nos avergonzamos cada que un colombiano es apresado en una cárcel extranjera por violar la ley de otro país. Es como si la relación entre lo individual y lo social en el psiquismo del ser humano fueran como la relación entre las dos caras de la banda de Moebius, esa figura topológica que tiene dos caras pero un solo lado. Es decir que siempre existirán la dimensión individual y la dimensión social como dos realidades opuestas entre sí, como las dos caras de la banda de Moebius. Pero con la relación entre la subjetividad y lo social ocurre lo mismo que con esta figura topológica, y es que si uno se sitúa en el margen interior de ambas caras y empieza a recorrer dicha margen, se da cuenta que esta lo conduce a la margen exterior sin necesidad de atravesar ninguna de las dos caras. Es decir que la banda en todos sus puntos tiene dos caras opuestas, pero que margen el interior y el exterior de la banda tienen una relación de continuidad. En dos palabras que el interior y el exterior de la banda se oponen si se mira desde el punto de vista de la relación entre las caras, pero tiene una solución de continuidad si se mira desde el punto de vista de las márgenes. Eso ocurre con la vida psíquica de los seres humanos, la realidad subjetiva y la realidad social en un sentido se oponen como las dos caras de una moneda, o las dos caras de la banda, pero en otro sentido tienen una relación de continuidad que hace que cada cosa que pase en el exterior también pasa en nuestro interior. Vamos a decirlo de una manera muy simple: "el yo" es opuesto a "el otro". El otro es lo que no soy yo. Pero en otro sentido hay una relación de continuidad entre el yo y el otro que permite al poeta decir "yo soy otro". La literatura ha jugado a menudo con esta idea. En el amor en los tiempos del cólera hay un pasaje muy bello en el que una mujer joven descubre que su mejor amiga ha incurrido en una falta a la ética que solamente perjudica a quien la cometió. Sin embargo esta mujer, la amiga que sólo es testigo, cae en un estado de profunda tristeza. García Márquez dice que la tristeza

que embargaba a esta mujer se debía a que ella sabía secretamente que lo que la otra había hecho la afectaba a ella, porque lo que hace un ser humano es como si lo hubiéramos hecho todos los humanos. La crónica de una muerte anunciada es una profunda reflexión sobre la responsabilidad de todo un pueblo en el asesinato infame de uno de sus mejores hijos. Pero quizá el ejemplo más bello y más claro de este fenómeno psicológico es el epígrafe con el que Ernest Hemingway inicia su novela "Por quien doblan las campanas". Es un fragmento de un texto del poeta John Donne que dice: "Nadie es una isla completa en sí mismo; cada hombre es un pedazo de continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cada hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; por eso, nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti". Volvamos al caso colombiano, y tratemos de sacar algunas de las consecuencias que se derivan de estos hechos psicológicos que estamos mencionando. Freud dice que la eticidad de los individuos, está ligada profundamente a la eticidad de estos "individuos rectores de la humanidad" como llama Freud a los gobiernos y a las naciones. Los que creemos en el estado y en sus instituciones y contribuimos a sostenerlo con nuestro esfuerzo, somos afectados en nuestra eticidad cada que el estado incurre en una violación de la ética. Siempre que los paramilitares, cohesionados por el estado realizan una masacre, los colombianos que creemos en el estado y trabajamos para defenderlo perdemos un poco de nuestra eticidad personal. Se trata de una matemática muy misteriosa pero que es inexorable. Voy a citar un pasaje extenso del artículo de Freud al que hemos hecho referencia para que miremos los gravísimos alcances que tiene un fenómeno como el que estamos tratando. Dice Freud:

"Y no se objete que el Estado (en la guerra) no puede renunciar al uso de la injusticia porque de esa manera se pondría en desventaja. También para el individuo es, por regla general, harto desventajosa la observancia de las normas éticas, la renuncia al ejercicio brutal de la violencia; y el estado rara vez se muestra capaz de resarcir al individuo por el sacrificio que le ha exigido. Tampoco puede asombrar que el aflojamiento de las relaciones éticas entre los individuos rectores de la humanidad haya repercutido en la eticidad de los individuos, pues la conciencia moral no es ese juez insobornable que dicen los maestros de ética: en su origen, no es otra cosa que *"angustia social"* [2]. Toda vez que la comunidad suprime el reproche, cesa también la sofocación de los malos apetitos, y los hombres cometen actos de crueldad, de perfidia, de traición y de rudeza que se habían creído incompatibles con su nivel cultural" [3].

Lo que dice Freud en este pasaje tiene unos alcances que muchos psicólogos desconocen. Hay psicólogos que piensan que lo fundamental de la estructura de un sujeto queda definido para siempre hacia el quinto año, con la culminación del complejo de Edipo. Pues bien, lo que nos dice Freud en este pasaje, y lo repite en otras obras, es que el psiquismo sigue modificándose a lo largo de la vida. Y en este pasaje se refiere a la modificación de una instancia tan importante para la convivencia social como es la conciencia moral. Vamos a decirlo con todas las "fes" bajo los puntos. Uno de los problemas más graves de Colombia tiene que ver con la eticidad de los colombianos en todos los campos, al punto que esto se está convirtiendo en un estigma en el mundo entero. Si nos atenemos a lo que nos dice Freud, podríamos preguntarnos cuál es la responsabilidad del estado y de la clase dirigente colombiana en este estado de cosas. Un estado que no respeta las reglas que él mismo impone a sus ciudadanos es un estado que está imposibilitado para transmitir la ley a sus gobernados, para convertirlos en sujetos de ley. Fíjense que nos estábamos preguntando sobre los efectos que produce en la población la conducta del estado frente a la guerra y nos encontramos con la respuesta a otra pregunta que no estábamos buscando, a saber, a la pregunta por la relación particularmente problemática que tenemos los colombianos como conjunto social con la ley en otros campos de la vida social. Y es que ambos males tienen el mismo origen: Así como las violaciones de los derechos humanos por parte de los representantes de los organismos de seguridad del Estado colombiano, son una incitación a cada colombiano para que no respete los derechos fundamentales de los otros, los actos de corrupción de los representantes de otras ramas del poder público son una incitación a toda la población para que proceda sin escrúpulos y viole las leyes cada que convenga a sus intereses individuales. Algunos podrán decir: "Es que la guerrilla es la primera en dar el mal ejemplo". Efectivamente la guerrilla produce un efecto en la población, especialmente en aquella franja de la población que es simpatizante de ella. Pero las acciones ilegales de la guerrilla no pueden ser una justificación para que el Estado realice acciones ilegales. Por una razón muy simple. La guerrilla desde su nacimiento mismo es un grupo al margen de la ley, mientras que el estado se supone que es el origen de la ley y el guardián de la ley. Es mucho más grave una trasgresión de la ley cuando esta proviene de aquel agente social que se supone que es el encargado de hacer cumplir que si proviene de un agente social que desde el principio se declara en oposición a ella. En el caso de los funcionarios del estado que incurren en esta clase de violaciones de la ley hay un doble crimen: la violación de la ley propiamente dicha y la traición a la misión que la sociedad les encomendó. Una comparación con la vida doméstica nos puede ayudar a comprender la diferencia entre ambas situaciones. Si un muchacho de diez años en un acceso de ira levanta la mano y le pega un golpe a su padre incurre en un irrespeto y merece una sanción, pero si su padre le responde con otro golpe igual incurre en una falta aún más grave, así el golpe que le propine a su hijo sea igual o menos fuerte. La razón es muy simple, la gravedad de la falta no depende de lo fuerte que haya sido el golpe sino del lugar en el que está quien lo propina. El padre en la casa es el representante de la ley y por ello es más grave que la irrespete. Exactamente lo mismo ocurre con el estado, su función antes que hacer cumplir la ley es dar ejemplo él mismo de su cumplimiento. Un estado que castiga a sus ciudadanos por cometer delitos que él mismo está cometiendo cínicamente es un estado perverso. Volvamos sobre la tesis central de Freud en torno a la función psicológica del estado. El estado es para los individuos adultos lo que el padre para los niños y el maestro para los adolescentes, es un referente identificatorio. Por esto es tan grave que el estado incurra en actos contra la ética, bien sea en el campo de la administración de los bienes públicos, como en lo que se refiere al respeto de los derechos de los ciudadanos. Pero, además de su inmoralidad, el estado colombiano tiene todavía un problema más grave que repercute de una manera muy problemática en la población y en lo que podríamos llamar la psicología del ciudadano colombiano. Este problema tiene que ver con una suerte de fragmentación interna que caracteriza a nuestro estado. La imagen que todo colombiano termina teniendo de su estado es la de un ente que padece de lo que podríamos llamar una suerte de esquizia institucional. Y este problema no se da porque en su interior existan toda clase de tendencias en disputa, esto ocurre con todos los estados. El problema del estado colombiano es que esas tendencias en disputa no se resuelven en una síntesis mínimamente coherente, que le permita al ciudadano saber cuál es la posición de su

estado frente a un asunto, como la guerra, por ejemplo. En el interior del gobierno existen todas las tendencias con respecto a la guerra. Insisto, el problema no es que existan, sino que no se resuelven en una síntesis; el problema es que cada una de estas tendencias se expresan cada una por su lado, simultáneamente, aún siendo contradictorias entre ellas. Hay gestos del gobierno que son claramente pacifistas y democráticas. Hay que decir por ejemplo que el respeto del gobierno por la libertad de prensa es algo que en otros países no se ha dado en circunstancias similares. Hay que reconocer que el despeje de la zona de distensión y las visitas que el presidente ha hecho a las mismas son gestos inequívocamente pacifistas. Incluso hay que decir que dentro del gobierno hay sectores con una verdadera vocación pacifista. Pero simultáneamente existe dentro del gobierno, dentro de la clase dirigente colombiana y aún dentro de las fuerzas armadas, como lo ha señalado Francisco Santos, un sector de extrema derecha que funciona más o menos como una rueda suelta. Esto es algo que todos los gobernantes lo han sabido siempre y que los columnistas de prensa y los organismos nacionales e internacionales de derechos humanos lo denuncian permanentemente, pero ninguno de los gobiernos recientes ha hecho nada para cambiarlo. Es un sector que en algunos momentos se convierte en una amenaza para el mismo gobierno. De otro lado la complicidad de distintas clases que el gobierno tiene con el fenómeno del paramilitarismo muestra otra tendencia dentro del mismo gobierno que es opuesta a la anterior. Y esto para poner un solo ejemplo patético, pero en muchos otros campos nuestro estado exhibe esa suerte de esquizia de la que les hablaba. En él coexisten formas escandalosas de corrupción institucionalizada y políticas cómplices con actividades delictivas de un lado; y de otro lado, funcionarios, organismos y empresas estatales que son modelo de eficiencia y transparencia. Para poner un solo ejemplo del mismo gobierno de Belisario Betancur, Mientras que los ministros Parejo González y Lara Bonilla arriesgaban su vida, dando una lucha frontal contra el narcotráfico, el Banco de la República se lucraba del negocio comprándole dólares baratos a los narcotraficantes a través de lo que llaman *la ventanilla siniestra*. Esta ventanilla la suprimieron después, no por una política de moralización del estado colombiano sino por presión del gobierno de los Estados Unidos. En suma se trata de un estado que exhibe lo que popularmente se llama una doble moral. Es un estado que exhibe ante sus ciudadanos varios semblantes contradictorios entre sí, incluso en algunos momentos se presenta como víctima de la guerra, cuando es uno de sus protagonistas. Esta esquizia convierte a nuestro estado en un ente poco confiable, que en un momento puede ser o parecer respetuoso de la ley y de un momento a otro exhibir actos que muestran todo lo contrario. Pues bien, algo similar ocurre con muchos colombianos que, siguiendo el modelo de su gobierno, en su proceder cotidiano pasan sin sobresaltos de la legalidad a la ilegalidad en todos los campos. Es posible que uno de los efectos más graves del papel que juega el estado en la subjetividad de los colombianos sea precisamente la proliferación en nuestra sociedad de individuos que se caracterizan por este rasgo: la facilidad para combinar sin dificultades en su vida diaria lo legal y lo ilegal. Este es un rasgo que, podría decirse, hace parte de lo que podríamos llamar la psicología del colombiano y que se llamaría así con todo derecho porque es un rasgo que nos viene a los colombianos justamente de la identificación con nuestro estado; es por decirlo así la contribución del estado a la psicología del colombiano. Este rasgo hace al pueblo colombiano particularmente proclive a involucrarse en distintas clases de actividades ilícitas, fenómeno este que en otros pueblos vecinos no han tomado las mismas dimensiones, aunque sean pueblos con características étnicas similares, que han vivido históricamente procesos muy semejantes y en los que existen unas condiciones sociales casi idénticas a las nuestras. Esta relación oblicua con la ley, que hemos determinado como un rasgo de la psicología del Colombiano, como todo rasgo de un pueblo, puede estar ausente de manera radical de muchos de sus pobladores y en aquellos que está presente puede estarlo en mayor o menor medida; o puede hacerse presente más en unas circunstancias que en otras. Y existen, por supuesto, sujetos en los que ese rasgo es dominante, es decir, define el cuadro de su personalidad. Yo creo que estos son los sujetos más peligrosos que tiene Colombia y los peores enemigos de la paz del país. Son más peligrosos que los narcotraficantes, que los guerrilleros y que los paramilitares. Frente a un narcotraficante, un paramilitar y un guerrillero más o menos todo el mundo tiene alguna idea de lo que puede esperar, así cada uno tenga una idea distinta. Incluso, la historia lo ha mostrado, en caso de llegarse a una negociación con cualquiera de estos tres sectores, hay un amplio margen de garantía de desmovilización. Seguramente no será un proceso absolutamente impecable, pero el balance global siempre será positivo. Este otro grupo social que vive a dos aguas entre la legalidad y la ilegalidad tiene una historia muy larga y muy siniestra; y es más peligroso justamente porque no se presenta como guerrillero. Se trata de sujetos que en general se mueven en la legalidad y están presentes en los distintos sectores de la vida del país, como la economía y la política el deporte; y no se reducen a una clase social. Son como una suerte de espectro que recorre el país atravesando sus clases y sus instituciones. Es ese sector social transclasista que para lograr mejor sus fines no tiene reparo en recurrir a medios ilegales, para eliminar adversarios políticos, mejorar la rentabilidad de sus empresas; o, simplemente garantizarse por medios más rápidos y efectivos lo que por los medios puramente legales resultaría más dispendioso. En ese sentido proceden siguiendo fielmente el modelo que durante décadas nos ha propuesto el estado a los colombianos. En este sector están los asesinos de Gaitán, de Galán, de Jaime Pardo, de Bernardo Jaramillo, de Álvaro Gómez y de Jaime Garzón, para mencionar sólo algunas de sus víctimas más ilustres. Fue este sector el que exterminó a un partido político entero, con la complicidad silenciosa del estado de los medios masivos y del resto de los colombianos; uno de los magnicidios más infames que se haya cometido en la historia del siglo XX en América Latina. Con relación a este rasgo quiero agregar todavía dos palabras, una alentadora y otra desalentadora. La positiva es que tratándose de un rasgo que deriva de una identificación con el estado, es muy previsible esperar que se disolverá de una manera fundamental en el momento en que haya un cambio claro y duradero en la conducta del estado, en este aspecto; y la negativa es que no podemos predecir si alguna vez el estado colombiano vaya a cambiar este *modus operandi*. Creo que, en este sentido, la relación problemática que tenemos los colombianos en general con nuestro sentimiento nacionalista, es muy saludable. Un fenómeno llamativo de nuestro pueblo es una cierta ambivalencia que tenemos la mayoría de los colombianos hacia nuestra nacionalidad. El amor de patria de nosotros los colombianos hacia nuestro país dista mucho de parecerse al de los argentinos, los españoles o los mejicanos, incluso al de nuestros vecinos los venezolanos y los costarricenses. Insisto en que se trata de una resistencia saludable, porque si todos nos identificáramos masivamente con nuestro estado, sin que esa identificación fuera dialectizada por una posición crítica, el panorama social podría ser peor. Lo que resulta llamativo del caso colombiano es justamente que aunque todos los colombianos saben que aquí el estado no garantiza los derechos mínimos y que la situación de guerra propicia las condiciones para que todo el mundo pueda violar casi cualquier ley impunemente, sin embargo la mayoría de la gente cumple la ley y trata de arreglar sus asuntos por medios pacíficos. Eso es realmente asombroso. Y permite abrigar grandes esperanzas. Creo

que esto nos permite contradecir otra de las teorías lombrosianas que hay en torno a la guerra en Colombia, es esa tesis que dice que los colombianos seríamos un grupo étnico con unas características genéticas particulares que nos harían particularmente violentos. La realidad colombiana permitiría afirmar todo lo contrario: Se trata de un pueblo tan apto para la paz, que aún cuando el estado encarna un modelo perverso de relación con la ley y además se ha mostrado incapaz de castigar la criminalidad, empezando por los magnicidios; pese a ello es un pueblo que tiene otros referentes que le permiten pese a todo ser en su mayoría respetuosos de los derechos de los otros y sostener el país en pie. Un sociólogo Francés que se llama Pierre Bourdieu dice que los estados modernos evolucionan gracias a los movimientos que se oponen a ellos. Lo que suele ocurrir, según Bourdieu, es que el estado se va transformando gracias a la oposición de esos movimientos y de alguna manera los va incluyendo dentro de sí. Entonces los estados modernos, dice el autor, son estados que en su interior albergan grupos con intereses contrarios y la acción del estado es una síntesis de las fuerzas que hay en su interior. Dice el autor que los estados modernos tienen una mano derecha y una mano izquierda. La mano derecha estaría representada por aquellas instancias y aquellos funcionarios que representan los intereses de la empresa privada, los organismos financieros internacionales, en fin aquellos para los cuales la economía es una prioridad por encima de lo social. La mano izquierda estaría representada por todas aquellas instituciones y funcionarios que representan las conquistas sociales en el campo de la salud, la educación y los derechos fundamentales de la población. Bourdieu demuestra como en países como Francia y España, el desarrollo del estado se ha dado de esta manera. En el caso de Colombia la situación es distinta. Por razones históricas que no vamos a examinar en este momento, el estado colombiano se ha desarrollado en dirección contraria. Y es un estado que no aparece con una mano derecha y una mano izquierda, sino con una mano derecha y otra ultraderecha.

Sobre las causas de la guerra

En un texto que se llama "El porvenir de una ilusión", Freud examina el problema de la hostilidad de los seres humanos hacia la cultura. Propone varias explicaciones, algunas psicológicas como la renuncia a las satisfacciones pulsionales, la obligación al trabajo que va en contra de nuestra natural tendencia a la pereza; pero no se queda en esas causas psicológicas, por así decirlo, sino que avanza sobre otras causas de un carácter más sociológico. Dice: "...si una cultura no ha podido evitar que la satisfacción de un cierto número e sus miembros tenga por premisa la opresión de otros, acaso la mayoría (y es lo que sucede en todas las culturas del presente), es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura que ellos posibilitan mediante su trabajo, pero de cuyos bienes participan en medida sumamente escasa. Por ello no cabe esperar de ellos una interiorización de las prohibiciones culturales; al contrario: no están dispuestos a reconocerlas, se afanan por destruir la cultura misma y eventualmente hasta por cancelar sus premisas. La hostilidad de esas clases hacia la cultura es tan manifiesta que se ha pasado por alto que también existe, más latente, en los estratos favorecidos de la sociedad. Huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece"[\[4\]](#). Se trata de un pasaje tremendamente claro. Cada uno puede determinar hasta dónde corresponde con la realidad de nuestro país. De este pasaje solamente quiero examinar la observación que el autor hace al final. Dice que también en los estratos favorecidos de la sociedad son hostiles con la cultura, pero que esta hostilidad es menos notoria. En el caso de nuestro país la hostilidad de la guerrilla contra la cultura se ve claramente en los atentados contra la infraestructura nacional. La pregunta que nos deja este texto de Freud es si nuestras clases favorecidas estarán exentas de esa hostilidad hacia la cultura de la que habla Freud, y en caso de que no los estén de que maneras está operando actualmente esa hostilidad de nuestras clases dirigentes hacia la cultura. Con esta cita emprendemos el análisis de las causas de la guerra desde la psicología social. Freud define a la guerra como una quiebra de la cultura, propone que la hostilidad hacia la cultura participa en esos movimientos que conducen a la quiebra de la misma. Recuerden que dijimos que para el psicoanálisis los seres humanos no somos almas bellas, ni mansas palomas, que somos una especie semejante a los lobos, con la diferencia que los lobos no poseen un instinto que los lleve a atacarse entre ellos, mientras que los humanos si gozamos destruyendo al otro. Esto nos pone sobre la pregunta respecto de lo que conduce de ese estado de violencia originario en el que vivíamos los seres humanos, al estado de convivencia más o menos civilizada en el que vive la humanidad actualmente. En otras palabras que cuando al psicoanálisis se le pregunta ¿por qué la guerra?, es decir, ¿por qué un pueblo como el colombiano en un momento determinado se encuentra en guerra?. Posiblemente el psicoanálisis proponga inicialmente invertir la pregunta; es decir que nos proponga preguntarnos: ¿por qué la paz?. Es posible que si logramos construir una respuesta satisfactoria a esta pregunta, esta nos ilumine de la mejor manera la pregunta por la guerra. ¿Por qué la paz?. Si admitimos que la paz no es un apetito inherente a la naturaleza humana; y, más aún, que la paz implica para los seres humanos renunciar a ciertos apetitos que le deparan importantes satisfacciones; tenemos que encontrar, entonces, algo que nos explique por qué los seres humanos llegamos a vivir en paz. En otras palabras si lo más natural en el ser humano es el procurar satisfacer sus apetitos por medio de la violencia, que lo lleva a volverse un sujeto de derecho. La pregunta que Freud se hace y que comparte con nosotros en un texto que se llama "Por qué la guerra" es esta: Cuál es el camino que condujo a los seres humanos de la violencia al derecho. Y, cuando uno esperaría una explicación compleja y extensa Freud sorprende con una respuesta corta y clara. "Un solo camino, yo creo –dice Freud-. Pasó a través del hecho de que la mayor fuerza de uno podía ser compensada por la unión entre varios débiles. "La unión hace la fuerza" la violencia es quebrantada por la unión, y ahora el poder de estos unidos constituye el derecho en oposición a la violencia del único (el individuo aislado). Vemos que el derecho es el poder de la comunidad. Sigue siendo una violencia pronta a dirigirse a cualquier poder que le haga frente". En otras palabras la violencia sería la imposición de la voluntad de un individuo sobre la mayoría, mientras que el derecho sería la violencia de la mayoría contra el individuo que pretenda imponer su voluntad a los otros por medio de la violencia. Fíjense que Freud no dice que la vida pacífica tenga que ver con la extinción de los apetitos destructivos de los seres humanos, ni siquiera con una extinción total de la violencia, sino con lo que podríamos llamar una nueva economía de la agresión que es más acorde con la mayoría. A partir del momento mismo en que se funda el derecho, nacen –según Freud- dos tendencias dentro de la sociedad: "En primer lugar los intentos de ciertos individuos entre los dominadores por elevarse por encima de todas las limitaciones vigentes, vale decir, para retrogradar del imperio del derecho al de la violencia; y, en segundo lugar, los continuos empeños de los oprimidos para procurarse más poder y ver reconocidos esos cambios en la ley, vale decir, para avanzar, al contrario, de un derecho desaparejo a

una igualdad de derecho. Esta última corriente se vuelve particularmente sustantiva cuando en el interior de la comunidad sobrevienen en efecto desplazamientos en las relaciones de poder, como suelen suceder a consecuencia de variados factores históricos. El derecho puede entonces adecuarse poco a poco a las nuevas relaciones de poder, o, lo que es más frecuente, si la clase dominante no está dispuesta a dar la razón a ese cambio, se llega a la sublevación, la guerra civil, esto es, a una cancelación temporaria del derecho y a nuevas confrontaciones de violencia tras cuyo desenlace se instituye un nuevo orden de derecho..." [5] Si uno lee atentamente esta cita puede constatar que Freud no era un pacifista ingenuo. Incluso podemos decir más. Fijense que Freud nos advierte en este párrafo que si el grupo social que está en el poder se embriaga en su ambición y quiere elevarse por encima de la ley que vale para todos, como ha ocurrido en Colombia, este hecho en sí mismo, dice Freud, "retrograda el imperio del derecho al de la violencia". Se trata de una tesis muy sugestiva para pensar el origen de las guerras civiles como la colombiana. En Freud podemos encontrar toda una serie de citas que nos servirían para hilar una reflexión sobre el papel de los dirigentes en la historia de los pueblos. Y en relación con ellas toda una serie de reflexiones sobre lo que podríamos llamar una relación entre la ética y la política. Voy cerrar esta conferencia compartiendo una cita de un pasaje del texto "El Chiste y su relación con lo inconsciente" de Freud que se refiere justamente a la relación entre la ética y la política. Dice: "Mientras el arte de curar no consiga más para asegurar la vida, y mientras las instituciones sociales no logren más para volverla dichosa, no podrá ser ahogada esa voz en nosotros que se subleva contra los requerimientos morales. Todo hombre honrado deberá hacerse esa confesión, siquiera para sí...Uno debe anudar tanto su vida a la de otros que la brevedad de sus días se vuelva superable; y uno no tiene derecho a cumplir los reclamos de sus propias necesidades de una manera ilegítima, sino que debe dejarlos incumplidos, por que sólo la persistencia de tantos reclamos incumplidos puede desarrollar el poder que modifique el régimen social..." [6]

[1] Hobbes T. "Leviatán" Altaya ed. Barcelona 1994 P. IV.

[2] las cursivas son del autor.

[3] Freud, S. Obras Completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires 1979. Vol XIV. P. 282.

[4] Freud, S. "EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN", Obras completas, vol XX1. Amorrortu ed. Buenos Aires 1979. P, 12.

[5] Freud S. "POR QUÉ LA GUERRA" Obras completas, vol XX11. Amorrortu ed. Buenos Aires 1979. P, 190.

[6] [6] Freud S. "EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON LO INCONSCIENTE" Obras completas, vol V111. Amorrortu ed. Buenos Aires 1979. P, 103-4.